

Sala del Trono Celestial

Apocalipsis Capítulo Cuatro

Apocalipsis 4:1

«Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo; y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo, dijo: Sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas. »

Desde la consideración del estado de la iglesia en la tierra (capítulos 1–3), la atención de Juan se dirige ahora a los acontecimientos que tienen lugar en el cielo. Los eventos descritos en los capítulos 4 y 5 ocurrieron en el momento de la ascensión de Cristo, al comienzo de Su ministerio sumosacerdotal (Hebreos 8:1,2; 1 Juan 2:1).

Apocalipsis 4:2

«Y al instante yo estaba en el Espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado. »

Juan entra en visión por segunda vez y ve al Gobernante del universo, Dios el Padre, sentado en Su trono (Isaías 6:1-8).

Apocalipsis 4:3

«Y el aspecto del que estaba sentado era semejante a piedra de jaspe y de cornalina; y había alrededor del trono un arco iris, semejante en aspecto a la esmeralda. »

Juan usa repetidamente piedras preciosas para describir los colores brillantes que ve en visión. El jaspe es una piedra de color verde azulado y la cornalina una piedra de color rojizo. El arcoíris alrededor del trono de Dios representa Su misericordia. Esta idea se observa en la promesa hecha a Noé después del diluvio (Génesis 9:12-17). Es reconfortante saber que cuando Dios nos mira, nos mira a través del arcoíris de Su misericordia (Salmo 106:1).

Apocalipsis 4:4

«Y alrededor del trono había veinticuatro tronos; y vi sentados en los tronos a veinticuatro ancianos, vestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas. »

Con referencia a los veinticuatro ancianos en Isaías 24:23 leemos: «Jehová reinará ... y delante de los ancianos será glorificado». Hay dos sugerencias en cuanto a la identidad de los veinticuatro ancianos: (1) Son seres creados de otros mundos que no han pecado (Job 1:6; 2:1; Hebreos 1:2). (2) Son los que resucitaron en el momento de la resurrección de Cristo y fueron llevados al cielo (Mateo 27:52,53; Efesios 4:8).

Apocalipsis 4:5

«Y del trono salían relámpagos y truenos y voces; y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios. »

En otras partes de Apocalipsis, estos siete Espíritus son representados como siete lámparas de fuego (capítulo 4:5) y los siete ojos del Cordero (capítulo 5:6). La asociación aquí de los «siete Espíritus» con el Padre y Cristo implica que representan al Espíritu Santo. La designación «siete» es una expresión simbólica de perfección y representa los siete atributos del Espíritu Santo (Isaías 11:2).

Apocalipsis 4:6

«Y delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal; y junto al trono, y alrededor del trono, cuatro seres vivientes llenos de ojos delante y detrás. »

En la antigüedad, el vidrio era mucho más valioso que hoy. Aquí representa la apariencia clara y cristalina de la superficie sobre la cual se asentaba el trono. Lo que Juan ve es una vasta extensión centelleante, que refleja gloriosamente el resplandor rojo y verde alrededor del trono. Las bestias o «seres vivientes» alrededor del trono se asemejan mucho a las de la visión de Ezequiel, en la que se les llama querubines (Ezequiel 10:20–22). Se les describe como «llenos de ojos», lo que puede entenderse como un símbolo de su inteligencia y vigilancia (Ezequiel 10:12).

Apocalipsis 4:7

«El primer ser viviente era semejante a un león; el segundo era semejante a un becerro; el tercero tenía rostro como de hombre; y el cuarto era semejante a un águila volando. »

Los cuatro seres vivientes pueden representar las cuatro fases del ministerio de Cristo. El primero, siendo el León, representa la pre-encarnación de Cristo; un león es un símbolo de fuerza y realeza (Apocalipsis 5:5; Proverbios 20:2). La segunda bestia, el becerro, representa la encarnación de Cristo. Los bueyes eran usados como bestias de carga y animales de sacrificio. Jesús tomó la naturaleza humana para llevar nuestras cargas y morir como sacrificio por el pecado (Éxodo 24:5; Isaías 53:4,5). La bestia con rostro de hombre representa el ministerio sumosacerdotal de Cristo por nosotros en el cielo. Como el «Hijo del Hombre», intercede por nosotros ante el Padre (Hebreos 4:14-16; 1 Juan 2:1). La bestia con rostro de águila representa el papel real de Cristo cuando regrese a la tierra como «Rey de reyes y Señor de señores», ejecutando juicio y librando a Su pueblo de los malvados (Éxodo 19:4; Isaías 40:31; Jeremías 49:22).

Los cuatro seres vivientes también se asemejan a la disposición del campamento de Israel en sus peregrinaciones por el desierto. Cada una de las cuatro tribus principales, Judá, Rubén, Efraín y Dan, tenía un emblema que colocaban mirando hacia el Tabernáculo. El emblema para la tribu de Judá era un león; para Rubén, un becerro; para Efraín, un hombre; y para Dan, un águila (Números 2:3,10,18,25).

Apocalipsis 4:8

«Y los cuatro seres vivientes tenían cada uno seis alas, y alrededor y por dentro estaban llenos de ojos; y no cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir. »

Los serafines de la visión de Isaías tenían seis alas (Isaías 6:2). Las alas pueden entenderse como indicadores de la velocidad con la que las criaturas celestiales de Dios ejecutan Sus encargos (Hebreos 1:14). Los hombres normalmente trabajan de día y descansan de noche, pero «el que guarda a Israel ni se adormecerá ni dormirá» (Salmo 121:4). El poder divino que sostiene el universo nunca duerme, así que los ángeles, que están en la presencia de Dios, están siempre listos para hacer Su voluntad y cantar Sus alabanzas. También se oye decir a los ángeles en la visión de Isaías: «Santo, Santo, Santo» (Isaías 6:3).

Apocalipsis 4:9

«Y siempre que aquellos seres vivientes dan gloria y honra y acción de gracias al que está sentado en el trono, al que vive por los siglos de los siglos, »

La alabanza pronunciada es iniciada por las criaturas celestiales, que están más cerca de Dios. Tanto los seres celestiales como los hombres le deben gratitud a Dios, porque Él les ha dado vida. Ellos existen por Su voluntad. En el sentido último, Dios no le debe nada a Sus criaturas; ellas le deben todo a Él. Dios es la fuente de toda vida, y el hecho de que Él «vive para siempre» es la base de Su sostenimiento incesante de la naturaleza (Juan 1:3,4; Colosenses 1:16,17).

Apocalipsis 4:10

«los veinticuatro ancianos se postran delante del que está sentado en el trono, y adoran al que vive por los siglos de los siglos, y echan sus coronas delante del trono, diciendo: »

La gloria de Dios y una manifestación de Su bondad y amor provocan un himno de alabanza de parte de los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos. Como un acto de reconocimiento de la soberanía de Dios, los veinticuatro ancianos depositan sus coronas delante de Su trono.

Apocalipsis 4:11

«Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas. »

Dios es «digno» de recibir alabanza de Sus criaturas, porque Él las ha hecho a todas. Le plugo que el universo estuviera lleno de seres inteligentes, capaces de apreciar y reflejar Su amor y carácter. Este fue Su propósito al crearlos (Génesis 1:26,27; Ezequiel 36:26,27).